





10.

Ariadne: la doncella guerrera

En la ciudad blanca de Xantara, sobre las bellas costas surorientales, allá donde los templos de sal brillan como cristales bajo la mirada del sol radiante, nació la noble princesa Ariadne, una niña que desde sus primeros años de vida fue entrenada bajo la Senda Sagrada del Guerrero, un camino espiritual que combina la fe con la destreza física, esperando que algún día, pudiese ser la digna sucesora del legendario emperador Hammurabi III, quien posteriormente fue llamado Corazón de Dragón por su valentía liderando las Guerras Santas.

Años antes de Hammurabi I, Uriel, hijo de Selene y Pléyades, se manifestó en cuerpo animal, convirtiéndose en el ciervo de luz, una encarnación mística que, al recibir el poder divino, le floreció la testa como a un árbol en primavera, y largas ramas con hermosas flores brotaron eternamente de él. Fue venerado por años, y sus bendiciones hicieron prosperar a los fieles: las cosechas se volvieron abundantes, los animales crecieron en tamaño, fertilidad y salud, el clima se tornó perfecto y rara vez sorprendía; las personas se volvieron afortunadas y llegaban cosas grandes a sus vidas cada día.

Sin embargo, las leyendas y la traición de los suyos trajeron consigo a los saqueadores de templos; entre ellos estaba Morgainne, una entidad demoníaca corrompida por el amor, en compañía de un grupo de bandidos, buscaban al Santo para recuperar un poder perdido hacía un

tiempo. Los saqueadores irrumpieron en la tranquilidad de la bella villa y con furia, atemorizaron a sus habitantes. El templo fue destruido y la cabeza del Santo se perdió durante muchos inviernos desencadenando las Guerras Santas, un conflicto en el que ejércitos religiosos saquearon los territorios en busca de la cabeza.

Bajo la excusa de una peregrinación armada para difundir la salvación y gracia divina, Los Soldados del Santo, vieron en su sacra misión la gran oportunidad de invadir territorios para incrementar sus tierras y riquezas, y para controlar las rutas comerciales que le permitirían a su pueblo expandir el imperio Xántaro. Así mismo, bajo la premisa de ajusticiar a los enemigos de la fe a toda costa, los ejércitos cometieron atrocidades en nombre del Santo, como empalar rebeldes frente a sus hijos, violar y esclavizar mujeres, asesinar niños, profanar templos y santuarios sentenciando a la hoguera a sus líderes religiosos en audiencias públicas, entre otras acciones de sangre y muerte que convirtieron la devoción en un arma de depravación y miseria.

Hasta que un día, Ariadne, ahora una doncella guerrera, comenzó a sentir en su interior unos pensamientos pulsantes que la llamaban constantemente hacia algo desconocido, una voz que resonaba en su alma con una claridad que no podía ignorar, era la voz de Uriel, quien se comunicó con ella para guiarla a su encuentro. Durante más de doce lunas, Ariadne experimentó visiones sobre el Santo, quien le dio pistas sobre su paradero, y la instó a tal punto, que ella no logró evadir su llamado, y emprendió la búsqueda determinada a encontrar la cabeza de Uriel y detener las Guerras Santas que estaban devastando el mundo.

Ariadne lideró una misión militar que la llevó a través de difíciles travesías por mar, tierra y aire, enfrentando terrenos hostiles y climas implacables, mientras recibía reportes de sus aliados sobre la situación en los diferentes campos de batalla, que alimentaron su determinación y la llenaron de una profunda tristeza, pues sabía que cada día que pasaba más inocentes sufrían por un conflicto que había perdido todo sentido y propósito.

En su viaje conoció a personas que se unieron a su causa, guerreros y peregrinos que creían en su misión de restaurar la paz, pero también

enfrentó grandes adversidades, pues desde el inicio de la guerra todos los lugares se convirtieron en reinos oscuros, donde la codicia y la maldad habían corrompido a sus habitantes. Muchos de sus compañeros no pudieron continuar a su lado, pero Ariadne, guiada por la voz de Uriel y su entrenamiento en la Senda Sagrada del Guerrero, perseveró, valiéndose de una determinación inquebrantable que la protegía incluso cuando las dudas la asaltaban y levantaba la moral a su escuadrón cada vez que se necesitaba.

En medio de las Guerras Santas, mientras Ariadne se acercaba al paradero del Uriel, un rumor se esparció por el mundo, haciéndola dudar sobre cambiar de rumbo. La cabeza del Santo había sido vista en Vulkaris, la Isla de los Dioses Caídos, un lugar maldito donde se decía que habitaban seres monstruosos e inmortales, mito que pudieron corroborar los caballeros y soldados santos que tuvieron la osadía de irrumpir en la isla por la codicia y la sed de sangre.

Ghor, el guardián eterno, sintiendo el llamado de las Tres Hermanas de la Luz y, junto a un escuadrón de guerreros de piedra, pensó unirse a Ariadne después de acabar con los invasores, pero el poder de Uriel impidió el avance de las tropas, tan solo Ghor, quien había adquirido conciencia propia gracias a la intervención de las hermanas, pudo desobedecer a su amo para socorrer a Ariadne.

Mientras tanto, pasando la Ruta de las Especias hacia el norte, cerca de los Pantanos de Melquiria, Ariadne, quien dudaba sobre cambiar su rumbo para acudir a la Isla Vulkaris, se encontró con las Tres Hermanas de la Luz, Eldhara, Midhara y Zadhara, quienes emergieron entre un resplandor dorado, mientras la admiraban con sus grandes y blanquecinos ojos reflejando el pasado, el presente y el futuro.

—Tu travesía te ha transformado en Ariadne, La Doncella Guerrera —susurró Eldhara.

—Pero tu misión no culmina con Uriel —añadió Midhara, con sabia sonrisa.

—Entonces, debes encontrar a Los Maestros Encarnados, y juntos vencerán sobre el mal que acecha a la humanidad desde las tinieblas, a

los 108 Asuras del inframundo —sentenció Zadhara, mirando al cielo con expresión de presagios.

Las hermanas le indicaron a Ariadne que debería devolver al Santo a su mundo celestial, pues mientras continuara en tierra, las guerras nunca cesarían, y esto solo sería posible desde el portal mágico que se encontraba en Taghla. Las hermanas también le revelaron que un guardián de piedra, Ghor, se uniría a ella en medio de las Guerras Santas, un aliado que la ayudaría a ascender a los cielos y cumplir su destino. Inspirada por estas palabras, Ariadne continuó su viaje hasta Cirithor, La ciudad de los dioses Perdidos, donde encontró la cabeza de Uriel en uno de los siete castillos moribundos, pero imposibilitada para huir con vida, se acuarteló con sus hombres para resistir el asedio de Morgainne y sus secuaces durante días, hasta que en los últimos momentos, cuando creyó que la fortaleza caería, fue salvada por Ghor quien atravesó el mar en un trote continuo y veloz, sin descanso, hasta llegar a ella.

Habiendo recuperado la cabeza del Santo, sana y salva, se dirigieron durante varios días hasta el Santuario de Taglha, un lugar sagrado que era servido y custodiado por Los Monjes Guerreros de Tag, quienes agradecidos por el honor que se les concedía, asumieron la responsabilidad de propiciar el regreso de Uriel al plano celestial, mediante un ritual mágico que solo ellos sabían invocar.

Mientras el ritual de trascendencia se llevaba a cabo, algo oscuro se gestó entre los seguidores de Ariadne y Los Monjes Guerreros de Tag. La supremacía del Santo era tal, que afloraba intensamente los deseos más profundos, de todo aquel que entraba en contacto con su magnificencia, haciendo que el hambre de poder despertara en compañeros y aliados, para enfrentarlos unos a otros, sin distinguir bando alguno. Pero Ariadne, con la determinación de una guerrera sagrada y el apoyo de Ghor, confrontó a los mercenarios a filo de espada en una danza letal, pero justiciera, defendiendo el portal a toda costa, para asegurar que el ritual se completara.

Moribunda tras la batalla, y en viaje hacia el inframundo, La Doncella se entregó a la muerte, cerrando los ojos y esperando el instante en que su alma la abandonara por completo, pero justo en el último momento,

Uriel se commovió de su noble corazón y decidió honrarla compartiendo con ella parte de su esencia divina.

Luego, sus heridas dejaron de sangrar, sus huesos se enderezaron, sus órganos se reconstruyeron y, finalmente, todos sus músculos se volvieron a entretejer con un hilo dorado que recorrió todo su cuerpo y jalónó el alma de Ariadne para volver de los laberínticos mundos del más allá, renacida y transformada en una santidad.

Ghor, al presenciar la ascensión, sintió que su propio destino se cumplía, creyendo que su liberación al final de los tiempos estaría asegurada, de acuerdo con lo revelado por Las Tres Hermanas de la Luz, pero tristemente se dio cuenta que aún no era momento y que sería necesario acompañar a Ariadne en una misión más, antes de poder abandonar este plano terrenal.

La leyenda de Ariadne y Uriel se extendió por todo el reino, inspirando a generaciones futuras. Algunos aseguran que Uriel nunca logró trascender por completo y que su presencia continúa entre los mortales, ayudando a los más devotos con su misericordia y divinidad; otros creen que su ser se fundió con el de Ariadne y ahora viajan juntos en un mismo cuerpo; mientras otros cuantos, de aquellos que llaman incrédulos, consideran que todo esto fue una gran farsa, un cuento para entretenér a los más ingenuos, al sucio e ignorante vulgo.



Escanea este código.
Cierra tus ojos y deja que la música
de esta historia,
guíe tu alma hacia un nuevo viaje.